

EL MALEFICIO DE LAS JOYAS

Cuando abrió la cajita de piel con incrustaciones doradas que Fernando acababa de ofrecerle, en los ojos de Isabel se produjo un destello refulgente de ilusión, sorpresa y admiración. Rodilla en tierra, como mandan los cánones, Fernando acababa de pedirle matrimonio. Fernando e Isabel se habían conocido y enamorado porque ambos se incorporaron meses antes a la Asociación de Amigos del Sacro Convento-Castillo de Calatrava. Él era profesor de Lengua castellana y Literatura en el IES de Almagro, y un apasionado del teatro barroco y del corral de comedias de esta histórica ciudad. A partir de ahí, se había despertado su interés por la orden de Calatrava y por el monumental castillo de Calatrava la Nueva. Ella, era Licenciada en Historia y se había convertido en Concejala de Cultura en su pueblo natal, Aldea del Rey, motivos más que suficientes para estar interesada en formar parte de dicha asociación.

Aquel sábado de julio de 2014, se celebraba la ceremonia anual del juramento de caballeros y damas del Sacro Convento Castillo de Calatrava, en la que se haría efectiva la plena integración de ambos. Ataviados al estilo de la época, con ropajes de gala para tal evento, se habían sentido transportados en el tiempo durante el acto protocolario del juramento, realizado en la parte superior de la Torre del Homenaje, con vistas a Sierra Morena y al camino que servía de paso natural desde el valle del Guadalquivir hacia Toledo, a través del Campo de Calatrava.

Fernando había solicitado permiso al resto de asociados, para pedirle la mano a Isabel en aquel momento y lugar, tan emotivos que se convertirían así en un hito histórico de sus vidas. De ahí que las lágrimas de Isabel se desbordasen a raudales, mientras le confirmaba su más sincera aceptación, y se prolongasen, mientras Fernando colocaba en su dedo una alianza de oro viejo, decorada en su parte superior mediante una filigrana con la forma de la cruz de Calatrava. Su intensa emoción se transformó, una vez que Fernando se hubo incorporado, en un estrechísimo abrazo y en un apasionado beso, acogido con un fuerte aplauso de toda la concurrencia.

El anillo, que tan gran éxito había cosechado, lo había recibido Fernando de su madre, Elvira. Formaba parte de un juego de joyas, también de oro viejo, que se componía de unos pendientes con forma de escudo de armas sobre el que se apreciaba el relieve de tres triángulos de color púrpura, y de un broche de buenas dimensiones, también con la forma de la cruz de Calatrava, en cuyo centro se superponía el mismo escudo de los pendientes. Esas joyas llevaban cerca de un siglo formando parte del patrimonio familiar, pasando de generación en generación; sin embargo, parecían esconder algún oscuro secreto. Habitualmente, eran un tema tabú en las conversaciones familiares; solo en ocasiones especiales, como el momento de legarlas a los descendientes, se transmitía la memoria familiar que se había ido acumulando hasta ese momento.

* * *

Cuando Elvira supo que su hijo Fernando iba a comprometerse con Isabel, consideró que había llegado el momento de entregarle las joyas familiares y de hacerle partícipe de la historia familiar. Así que un sábado después de comer, ante un delicioso café y durante la tranquilidad de una sobremesa sin prisas, aprovechó para hacerle el siguiente relato pormenorizado:

—Mira, Fernando, tú sabes que nuestra familia ha sido siempre humilde y que la vida no solo no ha sido muy generosa con nosotros, sino que también ha ido sembrando nuestra existencia de episodios bastante desgraciados. Sin embargo, en su momento, yo recibí un juego de joyas que han estado en la familia desde mucho tiempo atrás y que, aunque desconozco su verdadero valor, estoy segura de que es tan elevado que no va acorde con el nivel económico en el que siempre se ha situado nuestra familia. Y ahora ha llegado el momento de que yo te entregue este legado —le explicó Elvira, ofreciéndole aquel juego de anillo, pendientes y broche de oro viejo macizo.

Fernando abrió los ojos desmesuradamente, no solo porque se percibía a simple vista que aquellas joyas antiguas tenían un enorme valor, sino por la temática de aquellas joyas, con motivos de la Orden de Calatrava que tanto le apasionaba a él y a su novia.

—Y todo esto, ¿de dónde ha salido? ¿Cómo es que nos pertenece?
—preguntó Fernando asombrado.

—Según lo que yo sé, la historia se remonta a tus tatarabuelos, Alfonso y Leonor. Ellos eran naturales de Calzada de Calatrava. Alfonso tuvo que incorporarse a filas en una época en la que estaba creciendo el conflicto con Cuba, que desembocó en la guerra para independizarse de España. Alfonso formó parte de uno de los contingentes de tropas que España tuvo que enviar a la isla caribeña, con la mala suerte de que, al cabo de poco tiempo, sufrió una herida de metralla en una pierna, que provocó su pronta repatriación, y que le dejó una leve cojera debida a una curación no muy apropiada de la herida.

A su vuelta, inició relaciones con Leonor, una joven paisana suya, simpática y agradable, pero que había sufrido una pequeña lesión en un ojo debida a que, tiempo atrás, le había saltado aceite caliente mientras guisaba. Al cabo de pocos meses se casaron y se fueron a vivir a la cercana aldea de Villanueva de San Carlos, en una de cuyas fincas le ofrecieron a Alfonso el trabajo de ocuparse del ganado, justo en el entorno del cerro del Alacranejo, en cuya cima solo había entonces los restos, mucho más ruinosos que en la actualidad, de lo que había sido el castillo-convento de Calatrava. Así iniciaron una vida familiar humilde, pero tranquila y sin sobresaltos, alejados del “mundanal ruido”. Y en ese entorno, algunos años después, “cuando Dios quiso”, llegó la única hija que tuvieron, Cristina, quien no se pudo criar en un ambiente más natural y saludable.

Pasados los años, cuando Cristina ya se había convertido en una jovencita muy atractiva, los dueños de la finca en la que trabajaban sus padres, observaron que uno de sus hijos empezaba a tontear con ella. Durante los veranos prácticamente se habían criado juntos y era natural que se sintiesen atraídos el uno por el otro, aunque de niños siempre se estuvieran peleando. Pero era una época en la que la diferencia entre terratenientes y asalariados era todavía demasiado insalvable. Como a la señora de la finca no le hacía ninguna gracia que su hijo pudiera dejar preñada a la hija de uno de sus pastores o, peor aún, que quisiera casarse con ella, decidió pedirles a Leonor y Alfonso que Cristina se marchase a la casa de unos parientes suyos de Madrid, que necesitaban una criada

interna. Ellos accedieron porque percibieron la intención de su patrona y se dieron cuenta de que se trataba más de una orden que de una petición. Por otra parte, les pareció que ya era buen momento para que Cristina aprendiese a valerse y a ganarse la vida por sí misma.

—Me parece increíble que, hace tan solo menos de un siglo, hubiera esas diferencias sociales y esa resignación de los trabajadores honrados ante los poderosos patronos. Y es triste que alguien tuviera que obedecer y abandonar sin lucha ese amor tan puro —interrumpió Fernando indignado.

—Aquella —continuó Elvira— fue para Cristina su primera experiencia realmente dolorosa. Al hecho de tener que renunciar a su primer gran amor nada más haber empezado a sentirlo, se le sumaba la obligación de separarse por primera vez de sus padres y de su cómoda vida en el campo, y la necesidad de adaptarse a una nueva vida con gente desconocida a la que debía servir. Cuando los padres de su joven e imposible amor la llevaron a la casa de sus parientes de Madrid, Cristina pasó todo el viaje deshecha en un mar de lágrimas. Y así continuó cada noche en la soledad de su habitación durante las primeras semanas.

Pero al cabo de este tiempo, tras acostumbrarse a los trajines de su trabajo, empezó a disfrutar de los paseos por Madrid cada una de las tardes que semanalmente tenía de descanso. Había conocido a otras chicas de servicio en las ocasiones en que había tenido que ir a hacer algunos recados al mercado de San Miguel, y se había incorporado a la pandilla que estas tenían formada. Los jueves por la tarde, habitual día de permiso para criadas, modistillas y soldados de guarnición, salían dispuestas a disfrutar del ambiente de Madrid. El Paseo del Prado se convertía en un hervidero de jóvenes con ganas de encontrar a su media naranja. Ese ambiente le empezó a hacer olvidar a la persona por la que ella había acabado en Madrid.

Pasaban los meses y Cristina cada vez se parecía menos a la ingenua muchachita que había dejado atrás su vida en el campo, al abrigo de sus padres. Se había convertido en una joven resuelta y decidida. En su estancia y sus salidas por Madrid había ido aprendiendo muchas cosas. De las modistillas, que tenían fama de frescas y picaronas, había captado la

habilidad que tenían para “pegar la hebra”, una expresión muy propia de su profesión, que aludía a su capacidad para trabar accidentalmente una conversación o para prolongarla todo lo posible, con aquellos jóvenes que les resultaban atractivos. La soltura que había desarrollado y su belleza natural, casi agreste, que estaba alcanzando todo su esplendor, empezaban a provocar que varios jóvenes bebieran los vientos por ella.

Pero, además, según iba pasando el tiempo, se le iba despertando su conciencia social. Eran los últimos meses de la dictadura del general Primo de Rivera y se respiraban vientos de rebeldía y reivindicaciones no solo de libertad, sino también de igualdad, tanto entre personas de distintas clases sociales, como entre hombres y mujeres. Se escuchaban ecos que demandaban acabar con esa dictadura consentida por la monarquía e instaurar una nueva república, para que el pueblo pudiese votar y participar en el sistema de gobierno. Y tampoco debía reducirse a un sistema en el que solo decidiesen los hombres. Cristina ya había oído comentar entre sus amigas y entre otras mujeres que había ido conociendo, la necesidad de instaurar el auténtico sufragio universal, tanto masculino como femenino, y que las mujeres pudiesen votar y ser votadas.

Llevaba ya casi tres años en Madrid y, con sus veintiún años casi recién cumplidos, tuvo ocasión de vivir un auténtico hecho histórico. Fue el 14 de abril de 1931, día en que se proclamó la II República, y Cristina fue una de las muchas personas que salieron a las calles para celebrar esta proclamación. Todo el mundo compartía la sensación de que se avecinaban grandes cambios sociales y de que un nuevo mundo era posible. Bueno, no a todo el mundo le hacían ilusión aquellos cambios. Las familias como aquella para la que trabajaba estaban más tensas y preocupadas, y sentían cierto temor ante la posibilidad de que su elevada situación se viniera abajo y de que sus privilegios se fueran resquebrajando.

—¡Cómo me hubiese gustado poder vivir en esa época de la bisabuela Cristina y haber luchado por conseguir esa igualdad de derechos! Ahora que disfrutamos de ellos, no valoramos lo suficiente lo importantes que son y lo difícil que lo tuvieron en el pasado para lograrlos. Y como no nos esforcemos en mantenerlos, tengo la sensación de que en la época de crisis

que atravesamos, nos los pueden ir recortando con el giro conservador de la política actual —valoró Fernando.

—Ya ocurrió de manera radical pocos años después. Y es evidente que quien olvida su historia, corre el riesgo de repetirla —corroboró Elvira—. En fin, seguía corriendo el tiempo. Cristina ya llevaba casi cuatro años en Madrid y sus salidas en los días de descanso habían ido evolucionando. Poco a poco se iba relacionando con gente que tenía más inquietudes tanto sociales como culturales, e iba descubriendo el Madrid de los museos. Visitando un día el Museo Arqueológico Nacional, conoció a un soldado algo mayor de los que solía ver cuando paseaba con las otras criadas por el Paseo del Prado. Resultó ser un universitario llamado Carlos que, tras haber acabado su carrera de Ingeniería de Puertos, Caminos y Canales, no había podido retrasar más su incorporación al servicio militar obligatorio. Al menos se alegraba de que la incorporación a filas se hubiese producido ya con el nuevo sistema político. Pronto empezaron a sentir una fuerte atracción mutua y fueron descubriendo que compartían ideas e intereses.

Al finalizar el servicio militar, que a Carlos se le había hecho más llevadero gracias a su noviazgo con Cristina, decidió reengancharse en el ejército, ya que con su título de ingeniero entraba directamente con el grado de teniente, lo que le suponía una oportunidad profesional fiable y la posibilidad de hacer carrera militar. Por su parte, a Cristina cada vez se le hacía más difícil soportar su trabajo como criada, no solo por la dureza de sus labores, sino porque cada vez chocaban más la prepotencia de sus patronos y la rebeldía de sus ideas sociales y políticas. De ahí que, en cuanto Carlos se incorporó profesionalmente al ejército, decidieron casarse para que terminase la conflictiva situación de ella.

—No me extraña —comentó comprensivo Fernando—. Sobre todo porque, en las circunstancias de la bisabuela, la única forma que tenía de “independizarse” era a través del matrimonio.

—Así que solo unos pocos meses después, ambos estaban entrando en la Ermita del Santísimo Cristo (también conocida como del Salvador del Mundo, o del Calvario), de Calzada de Calatrava, para celebrar su enlace matrimonial, acompañados por los familiares de Carlos, que se habían

desplazado hasta allí, y por la familia y amigos de Cristina. Nadie de la familia de los patronos, ni de los de Cristina en Madrid, ni de los de sus padres en la finca, acudió a la ceremonia. Aunque hay quien dice que en la parte de atrás de la iglesia, intentando pasar desapercibido, estuvo el que había sido su primer amor.

Los que sí estaban, y muy emocionados, eran sus padres. Leonor, porque se casaba su única hija. Y Alfonso, porque Cristina rompía con aquel matrimonio la dependencia respecto a la familia que les tenía empleados y a cuya decisión habían tenido que someterse, perdiendo casi todo contacto con su hija durante esos cinco años. Todo ese tiempo, Alfonso se planteaba qué le iba a poder ofrecer a Cristina como dote cuando le llegase el momento de casarse, puesto que la forma de vida que su madre y él llevaban no podía ser más humilde. Pero el azar vino a ofrecerle una oportunidad que nunca hubiera podido predecir.

Tres años atrás, mientras pastoreaba su rebaño cerca de la cumbre del cerro del Alacranejo, estalló una enorme tormenta de lluvia y granizo. Rápidamente condujo el ganado a la zona del claustro y puso a buen recaudo a su rebaño entre las ruinas de lo que había sido el refectorio. Como la tormenta parecía ir para rato, decidió curiosear por el interior de aquellas estancias. Pasó al parlatorio y desde allí se introdujo en la sala capitular. Allí se celebrarían las reuniones de los caballeros de la Orden con el Maestre. Estando allí y mientras el granizo seguía golpeando con fuerza las partes que aún se conservaban cubiertas, observó al pie de la pared cabecera de la sala unos peldaños irregulares que descendían por un hueco, que luego parecía prolongarse en línea recta.

Alfonso se introdujo como pudo por allí y, tras unos cuantos metros de recorrido, el pasadizo desembocaba en un descansillo de escalera. Los escalones que ascendían acababan en una puerta totalmente bloqueada que, por la orientación, debía de comunicar con lo que habría sido el despacho del Maestre de la Orden. Por el contrario, los peldaños descendentes, en mucho peor estado, desembocaban en uno de los aljibes de agua, situado bajo dicho despacho, lo que le daba al Gran Maestre el control directo sobre el principal depósito de agua. Cuando intentó descender por allí, uno de los peldaños se desprendió y Alfonso perdió pie

y se precipitó al fondo del aljibe, siendo golpeado por peldaños y piedras que cayeron tras él.

Tras unos instantes de conmoción, poco a poco fue comprobando que, salvo algunas magulladuras, no tenía ninguna lesión grave. De pronto, entre las piedras que le rodeaban, descubrió un pequeño cofre de madera, revestido aún de algunos restos de cuero remachado. Debía de estar oculto bajo alguno de los peldaños que, al desprenderse, lo habían arrastrado en la caída. Lo abrió y no podía dar crédito a lo que encontró: se trataba de un juego de joyas de oro macizo, formado por un anillo coronado con la filigrana de la Cruz de Calatrava, unos pendientes con forma de escudo de armas sobre el que se apreciaba el relieve de tres triángulos de color púrpura, y de un broche de buenas dimensiones, también con la forma de la cruz de Calatrava, en cuyo centro se superponía el mismo escudo de los pendientes. Aquello debía de valer una fortuna, aparte de la importancia histórica que pudiera tener.

Volvió a cerrar el cofre y, apoyándose como pudo en las piedras y peldaños que quedaban junto a la pared, subió de nuevo hasta el pasadizo y fue saliendo hasta el refectorio, donde había dejado el ganado. Guardó el cofre en el zurrón y, hasta que pasó la tormenta, no dejó de pensar en qué haría con aquello que había descubierto. Decidió que no diría nada ni a los patronos ni al Ayuntamiento. Cuando llegó a su casa aquella tarde, se lo dijo a su mujer y ambos acordaron guardar el secreto. Ese iba a ser el regalo de boda que harían a su hija Cristina cuando se casara. Y ese momento había llegado ya.

Así que tras la ceremonia de boda y la copiosa comida que compartieron después, Alfonso y Leonor se reunieron a solas con su hija y le hicieron entrega del regalo, insistiéndole muy especialmente en que lo mantuviese en su poder con la mayor discreción posible. Al fin y al cabo se trataba de unas reliquias históricas de cuya existencia tendrían que haber dado cuenta a las autoridades y de las cuales solo se podría sacar beneficio económico, muy inferior al valor real, a través del mercado negro, con la consiguiente pérdida para el patrimonio histórico.

—¿Y cómo reaccionó la bisabuela Cristina? —se interesó Fernando.

—Cuando pudo reaccionar tras el primer momento de sorpresa, agradeció enormemente el regalo a sus padres y decidió guardarlo en secreto incluso para su marido. Al fin y al cabo, le parecía que conservar en su poder esas joyas era una decisión rebelde contra los poderosos, que eran los dueños de todo, mientras su familia nunca había tenido nada. Y si ella tenía hijos, quería contar con algo que poder dejarles en herencia.

Con esa ilusión comenzó Cristina su vida matrimonial. Los primeros meses con Carlos fueron muy felices. La sensación de tener su propia casa, sin tener que estar al servicio de nadie ni acatar órdenes, la hacía sentir maravillosamente bien. Al cabo de pocos meses se quedó embarazada. En el año 35 nació su hija Juana, tu abuela. Curiosamente, esos dos años de felicidad desde que se casaron contrastaban con el bienio negro de la República, en el que el gobierno de la CEDA frenó y rectificó las reformas y avances modernizadores del primer bienio, y hasta reprimió violentamente la huelga de Asturias de 1934.

Y las cosas se fueron precipitando a peor. La vida de Cristina y su recién nacida hija sufrieron un gran revés con el comienzo de la Guerra Civil, ya que Carlos fue movilizado con el ejército de la República y ella tuvo que regresar con su hija al pueblo de sus padres. Pero las cosas aún empeorarían más, pues además de la separación que sufrieron desde su inicio, el resultado final de la contienda tuvo como consecuencia que Carlos como militar republicano fuera detenido y enviado a la fortaleza de Zeluán (lugar a pocos kilómetros de Melilla que el ejército franquista había convertido en campo de concentración desde el inicio de la Guerra Civil), donde murió en 1939 debido a las torturas y a unas fiebres palúdicas que contrajo.

Así que tu bisabuela Cristina se vio obligada a sacar adelante a su hija Juana, mi madre, con la única ayuda de sus padres. Cuando la niña empezó a ir a la escuela, Cristina consiguió un puesto para empezar a trabajar en la biblioteca del pueblo. Algo puede que tuviera que ver en ello el que fuera su primer amor, que en el fondo siempre tuvo cierto complejo de culpabilidad por no haber luchado más por ella en aquellos momentos de juventud. Cristina, ante la política represiva de la dictadura, se ocupó de ir retirando de la biblioteca los libros que podían ser problemáticos. De ese modo fue reuniendo y ocultando un fondo de libros de autores, sobre todo

poetas, partidarios de la República: Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Alejandro Casona, Miguel Hernández...

Tu abuela Juana tuvo que sufrir una infancia y una adolescencia marcadas por la ausencia de su padre y sin poder asimilar por qué no lo había llegado a conocer. El único consuelo lo encontró en las obras de estos escritores, que se fueron convirtiendo en sus lecturas favoritas. También fue descubriendo la labor de difusión cultural que habían realizado durante la República tanto Casona, con sus “Misiones pedagógicas”, como Lorca, con “La Barraca”. De ahí le vino a mi madre el interés por la literatura y la enseñanza; y así se convirtió en maestra nacional, teniendo buen cuidado de no dejar traslucir sus verdaderas ideas políticas. Por lo que su madre le contaba de los primeros años de la República, que tan intensamente vivió, Juana no podía creer que tantos avances sociales hubiesen desaparecido de manera tan radical.

—¡Eso sí que es venir al mundo en un momento difícil! La verdad es que la abuela Juana sí que tuvo una vida problemática desde que nació —se estremeció Fernando.

—Su manera de compensar sus carencias afectivas y su rabia contra quienes le habían arrebatado a su padre fue refugiarse en la cultura y en la literatura. Por eso llegó a ser maestra de profesión, poetisa de vocación y feminista por devoción. Y de manera disimulada, pero eficaz, siempre procuró sembrar en su alumnado una semilla que, antes o después floreciese en forma de oposición a la dictadura.

Habiendo ya empezado a desempeñar su trabajo como maestra de la escuela de Calzada de Calatrava, se presentó en el pueblo un joven historiador y arqueólogo llamado Enrique que, para terminar su carrera, quería hacer su Tesina de Licenciatura sobre la Orden de Calatrava. Estaba visitando todos los lugares donde pudiera haber documentación: el Archivo Provincial de Ciudad Real; el Archivo Municipal de Almagro, localidad que fue durante siglos la sede del Palacio Maestral de la Orden; y el Palacio de Clavería de Aldea del Rey, fundado por Felipe II para albergar a los Claveros de la Orden, que tenían que custodiar las llaves del castillo-convento y

ocuparse de la seguridad de Maestres y Caballeros, cuando residiesen en él.

Al llegar al Palacio de Clavería se encontró con la sorpresa de que había empezado a utilizarse como casa cuartel de la Guardia Civil. Allí le dijeron que lo poco que quedaba del archivo documental de aquel palacio, se había trasladado temporalmente a la Biblioteca Municipal de Calzada de Calatrava. Se dirigió hacia allí, donde fue atendido por la bisabuela Cristina, que tras cerca de veinte años trabajando en ella, se había convertido en la principal responsable de la organización y catalogación de los fondos. Enrique le explicó su interés por los documentos referentes a la Orden de Calatrava y Cristina le facilitó todo lo que pudiera estar relacionado con sus intereses. Enrique se enfrascó en la consulta de aquellos textos y así pasó buena parte del día.

Cristina se había comprado hacía varios años una casita cerca de la biblioteca. Como solo estaban ella y Juana, le sobraban un par de habitaciones que solían alquilar a personas que estuvieran de paso en el pueblo o que se quedasen alguna temporada. Con eso, se sacaba una pequeña ayuda para ir pagando la casa. Cuando aquella tarde Juana acabó su jornada en la escuela, se pasó por la Biblioteca como tenía por costumbre. Su madre le habló de Enrique y de lo que estaba haciendo allí. Un rato antes de la hora de cierre le avisaron del tiempo que quedaba. Cuando recogió y devolvió los documentos a Cristina, esta hizo las presentaciones. Al saludarse, Juana y Enrique se ruborizaron y entre ellos se estableció una especial sintonía. Cristina le ofreció alojamiento, si es que pensaba quedarse más tiempo para seguir investigando, y Enrique aceptó establecerse en una de las habitaciones que alquilaba.

Aquel primer encuentro entre Juana y Enrique se convertiría en el comienzo de una preciosa historia de amor. Una historia de amor gracias a la cual estoy yo aquí. Enrique pasó todo el curso alojado en la casa de mi madre y mi abuela. La cercanía con las ruinas de Calatrava la Nueva le resultaba inspiradora. Además, desde allí tenía al alcance visitar Almagro, Ciudad Real, Alarcos, las ruinas de Calatrava la Vieja... De vez en cuando volvía a Madrid para contrastar avances con el director de su Tesina. Juana y hasta Cristina le ayudaron mucho en su investigación.

Cristina, que se había criado en torno al cerro del Alacranejo y había recorrido frecuentemente desde niña las ruinas de los castillos de Calatrava la Nueva y de Salvatierra, le hizo de guía en varias ocasiones. Por su parte, Juana, que desde que tuvo uso de razón sentía pasión por la lectura y el conocimiento, se ocupó de extraer y clasificar todos los datos e informaciones que se pudieran obtener de los documentos que Enrique iba recabando por los distintos archivos. De esa manera contribuyó enormemente a los avances de la investigación que Enrique estaba haciendo. De la colaboración brotó la amistad, y de la amistad floreció el amor. De modo que, según iba avanzando la redacción de aquella Tesina sobre “Las relaciones entre los Maestres de la Orden de Calatrava y las monarquías españolas”, iban avanzando también en paralelo los planes de boda.

Enrique consiguió su Licenciatura con una brillante Tesina y puesto que el tema le seguía apasionando, solicitó y obtuvo una beca de investigación para hacer su tesis doctoral sobre “El Gran Maestre de Calatrava Don Pedro Girón y su influencia en la Monarquía española del siglo XV”. También logró la plaza de profesor de Historia en el Instituto Juan de Ávila de Ciudad Real. Y antes de incorporarse a esta doble ocupación, Juana y él se casaron en la misma iglesia en la que veinticinco años atrás lo habían hecho Cristina y Carlos.

Y entonces llegó el momento en que Juana recibió de Cristina lo que ella había recibido de sus padres: el juego de joyas que Alfonso había encontrado en el castillo de Calatrava la Nueva. También mi madre reaccionó con asombro ante el legado que estaba recibiendo. Y lo aceptó, pero con ciertos reparos: por un lado, no le parecía que apropiarse de algo que debía formar parte del patrimonio histórico fuera muy ético; por otro, el matrimonio anterior que lo había recibido como regalo de boda no había tenido un desenlace muy feliz. Así que decidió asumirlo y mantener el secreto, pero con la idea de que pasado un tiempo se plantearía reconsiderar la decisión.

Los primeros años, la pareja no se planteó tener familia porque, además de querer disfrutar de la vida matrimonial sin obligaciones, ambos seguían dedicados a sus actividades docentes, y Juana continuó ayudando

a su marido a sacar adelante su investigación, hasta que este defendió su tesis doctoral, que fue calificada con matrícula de honor “cum laude”, lo cual supuso un enorme motivo de satisfacción para los dos. Durante este periodo, a Juana no se le iba de la cabeza el problema de qué hacer con el legado de las joyas que había recibido de su madre. Hasta ese momento, lo había mantenido en secreto incluso para Enrique, porque no quería implicarlo en algo que a ella le parecía una ilegalidad.

Sin embargo, el hecho de que procedieran del castillo de Calatrava y que toda la investigación de Enrique girase en torno a este tema, la llevó a decidir que nadie mejor que él para valorar la importancia tanto histórica como económica de aquellas joyas. Así que, incumpliendo el consejo de su madre de conservarlas en secreto, se las mostró y le explicó de dónde procedían y cómo habían llegado hasta ella. La revelación de este secreto dejó a Enrique sin saber muy bien cómo reaccionar. A nivel personal, se enfadó mucho por la falta de confianza de Juana hacia él durante esos casi cinco años. Desde el punto de vista profesional, aquello le pareció un hallazgo impresionante y de un tremendo valor histórico.

Cuando Juana le planteó la posibilidad de entregarlas a las autoridades, Enrique le pidió que se quedaran con ellas, al menos hasta que consiguiera averiguar a quién habían pertenecido, qué historia ocultaban y por qué habían quedado perdidas en aquel lugar. Después ya decidirían la manera de restituirlas al patrimonio nacional. Juana, que no solo se sentía culpable por tenerlas, sino también por habérselo ocultado a su marido, aceptó su propuesta, no muy convencida, para no discutir con él. Además, descubrió por entonces que esperaba un hijo y decidió posponer ese asunto para más adelante y centrarse en su embarazo.

—Y entonces viniste tú al mundo, ¿no? —preguntó Fernando a su madre.

—Así es. El bebé que venía de camino entonces se ha convertido en la persona que ahora te está contando esta historia. Y en medio, una vida con muchos sinsabores. Ya desde mi infancia tuve la sensación de que, mientras que mi madre me colmaba de amor y atenciones, mi padre parecía mostrar más interés por sus investigaciones que por mí. Creo que fue más feliz

mientras mi madre compartía sus proyectos y le ayudaba con ellos; pero cuando yo llegué y ella empezó a centrar su atención en mí, él se fue apartando progresivamente de ambas. Consiguió plaza como catedrático de Historia Medieval en la Universidad Complutense de Madrid. Desde entonces, estaba poco en casa. Sus clases en la Universidad y sus investigaciones en busca de información que le ayudase a concretar la historia de aquellas joyas, que se habían convertido en su obsesión, lo mantenían alejado de nosotras mucho tiempo.

Había conseguido fijar la antigüedad de aquellas piezas en el tercer cuarto del siglo XV. Teniendo en cuenta la calidad y el valor de aquellas joyas, y el motivo de la cruz de Calatrava, era probable que hubieran pertenecido a alguno de los Maestres de la Orden. En ese periodo ostentaron el cargo don Pedro Girón, quien murió en extrañas circunstancias, siendo sucedido con solo ocho años por su hijo Rodrigo, y actuando como coadjutor hasta su mayoría de edad su tío, don Juan de Pacheco, marqués de Villena. Por lo que todo apunta a que las joyas debieron ser propiedad de don Pedro Girón.

Por otra parte, el escudo de los pendientes y del broche apuntaban al apellido Girón. Parece ser que se remontaba a un episodio histórico de finales del siglo XI. Alfonso VI, rey de Castilla y León, alcanzó sobre los moros conquistas muy brillantes, entre ellas la de la villa de Madrid y la de la ciudad imperial de Toledo. Sucedió que en una de las batallas que sostuvo contra los moros, estos le mataron el caballo, dejándole a pie. Don Rodrigo González de Cisneros corrió hacia el rey y, desmontando, le entregó su caballo, y al tiempo que don Alfonso montaba, don Rodrigo le cortó tres jirones de su sobrevesta, para que sirvieran de prueba irrefutable de haber sido él quien auxilió al monarca, en caso de que alguno osara disputarle su gesta. El rey le premió, concediéndole, entre otras mercedes, el derecho a tomar el nombre de Girón y a poner en su escudo de armas tres jirones.

En esas y otras búsquedas andaba ensimismado mi padre en aquel tiempo. Cuando cumplí los nueve años, llegó el momento de mi primera comunión. Mi madre, que ya estaba un poco cansada de sus prolongadas ausencias, tuvo una fuerte discusión con él porque estaba dispuesto a perderse mi comunión, ya que le coincidía con su participación en un

congreso de Historia. Así que le dio un ultimátum: o renunciaba a ese congreso para estar con su mujer y su hija en aquel día tan especial, o que no se molestase en volver nunca con ellas. Al final, debió encontrar algún motivo para dar prioridad a quedarse en aquella ocasión con su familia.

Finalmente, aquel fue para mí un día de fiesta y alegría. Estrené un vestido de comunión precioso, con los hombros recogidos en pliegues coronados de flores secas, la cintura ceñida por un fajín de tul con bordados, y falda de vuelo con doble capa y bajos irregulares y asimétricos. Realmente era digno de una princesa y en nada sometido al dictado de las modas pasajeras. Me emocioné mucho durante la ceremonia; luego recibí muchos regalos y, finalmente, comimos en familia. Y hasta ahí duró la felicidad.

Al día siguiente se desencadenó el drama. Mi madre murió de manera repentina y sin que llegasen a aclararse del todo las razones de su fallecimiento. No se supo si se debió a la ingesta de algún producto en mal estado o si se trató sin más de un caso de muerte súbita. La cuestión es que todo se precipitó. Tras el funeral, Enrique estaba haciendo su equipaje para reincorporarse a su trabajo en la universidad. Mi abuela Cristina, que observaba algo turbio en su comportamiento, le sorprendió rebuscando las joyas de la discordia entre los objetos personales de mi madre y guardándoselas. Inmediatamente mi abuela le exigió que se las devolviera, vigiló que no se llevase más que sus ropas y objetos personales, e inmediatamente lo echó de la casa con la advertencia de que no volviera jamás a poner los pies allí. Fue la última vez que vi a mi padre, porque más adelante nos enteramos de que cuando volvía hacia Madrid, al bajar por el puerto de Los Yébenes, tuvo un accidente con el coche en el que resultó muerto.

—Nunca me habías contado estos recuerdos tuyos tan tristes, mamá
—se lamentó Fernando.

—Son muchas las cosas que no te he contado de mi vida, porque la mayoría han sido penosas o desagradables. Pero este es el momento en que ya debes conocer más a fondo todo lo que ha sufrido tu madre. Como te decía, de un día para otro me encontré huérfana de madre y padre. Corría

el año 1972 y, a partir de entonces, tuve que quedarme viviendo con mi abuela, que se hizo cargo de mi custodia. Aquella situación me fue transformando en una adolescente de lo más rebelde. A pesar de que tenía una capacidad más que sobrada, empecé a ser problemática en los estudios, a suspender y a repetir cursos... Tiempo después, tomé la decisión de convertirme en actriz. Eso me supuso un enfrentamiento con la abuela Cristina, que me llevó a abandonar la casa de la mujer que me había criado hasta el final de mi adolescencia como una segunda madre.

Me marché a Madrid a estudiar en la Escuela Superior de Arte Dramático y empecé a dedicarme al teatro y al cine. Ya no eran los primeros años del destape, pero las películas, aunque con un tono más social y reivindicativo, solían seguir incluyendo escenas de sexo explícito. Yo, que, por rebeldía contra el mundo, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que escandalizase a la sociedad tradicional, vi que era un buen momento para actrices jóvenes que no tuvieran reparo en desnudarse ante las cámaras “si el guion lo requería”.

—Supongo que haberte quedado sin padres y no saber por qué ni a quién culpar por ello, te hizo tomar actitudes que podían haber llegado a ser autodestructivas —aventuró Fernando.

—Y probablemente hubiera sido así si no hubiera sido porque, en el estreno de mi primera película, apareció un fotógrafo de prensa en prácticas llamado Sancho, que andando el tiempo se convertiría en tu padre. Iba a cubrir la información de aquel estreno de cine y se quedó prendado de mí. Está feo que yo lo diga, pero por entonces, sin falsa modestia, yo era un cañón de chavala, y la verdad es que él también me resultó muy atractivo. Ambos encontramos en el otro un apoyo para ir desarrollando nuestras respectivas profesiones en ese entorno alocado de la “movida madrileña” y nos acabamos enamorando.

Nos casamos mediante una discreta boda civil en 1985, a la que apenas asistieron los testigos y unos amigos. Sin que se tratase de una decisión premeditada, al año siguiente viniste tú, Fernando. Esperando tu llegada se nos agudizó la sensación de soledad en que vivíamos. Ya sabes cuál era mi situación familiar y la de tu padre no era mejor. A él le habían

abandonado en una cuna incluso al nacer y se había ido criando en orfanatos. Esas carencias familiares provocaron que nos propusiéramos recuperar la relación con mi abuela Cristina, único familiar que podría echarnos una mano para criarte y sacarte adelante.

La reconciliación entre nosotras fue muy emotiva. La abuela Cristina no había sabido nada de mí desde 1979, cuando dejé el colegio con dieciséis años y me marché a vivir la aventura de ese Madrid que hervía de actividad artística y cultural, en busca de mi sueño de convertirme en actriz. Desde entonces mi abuela se desgarraba entre el enfado por mi marcha y la culpabilidad por no haber sabido retenerme.

Yo, por mi parte, había madurado en esos siete años de buscarme la vida por mi cuenta y había tenido tiempo de añorar el apoyo de la única familia que tenía. Cuando, aprovechando un periodo de vacaciones, me presenté de vuelta en casa de mi abuela, acompañada por tu padre y por ti, apenas hubo lugar para los reproches. El deseo de reconciliación se impuso inmediatamente en cuanto te tuvo en brazos a ti, su bisnieto Fernando, y todos acabamos fundiéndonos en un largo abrazo.

—¡Qué emoción! ¡Me alegro mucho de haber contribuido aun sin saberlo a esa nueva unión familiar! —exclamó Fernando complacido.

—Ella y yo aprovechamos esos días para recuperar la confianza, rememorar y aceptar el pasado que habíamos compartido e incluso aumentar nuestro nivel de confianzas hasta un punto que nunca antes habíamos llegado a alcanzar. Fue entonces cuando me contó todo lo que te he ido refiriendo, desde su origen, los avatares de su vida, su boda, el legado de las joyas de Calatrava, la desgracia de la guerra y de la pérdida de su marido, lo que sucedió con mi madre y sus problemas de conciencia con aquellas joyas familiares, su misteriosa muerte y hasta cómo echó a mi padre de casa tras recuperar las joyas con las que él intentaba fugarse...

Y entonces me dijo que era el momento de hacerme entrega de esas joyas familiares para que estuvieran en mi poder y yo decidiese qué hacer con ellas. Ya era la segunda vez que se veía en esa situación, primero con mi madre y en esa ocasión conmigo. Yo, que no tenía los prejuicios de conciencia de mi madre, no me planteé grandes elucubraciones sobre qué

hacer con ellas. Me limité a guardarlas y conservarlas con objeto de tener algo de valor que legarte a ti.

—Sin embargo, más que sacarles provecho, parece que lo único que os han acarreado han sido conflictos —objetó Fernando.

—Es posible. No obstante, los años siguientes fueron un dulce paréntesis en mi amarga vida. En ellos pude disfrutar de una entrañable relación contigo mientras crecías; reduje, sin abandonarla totalmente mi carrera como actriz, ya que me pude permitir seleccionar mejor la calidad y la duración de mis trabajos, para no apartarme de ti, salvo periodos no demasiado extensos de tiempo, en los que se ocupó de cuidarte tu bisabuela Cristina.

Tu padre, por su parte, acabó entrando a formar parte de la plantilla del diario El País. Tras pasar por diversas secciones del periódico, empezaron a asignarle ocasionalmente diferentes destinos como enviado especial, según donde lo requería la actualidad informativa. Cuando se empezaron a producir esos periodos de ausencia, la convivencia con nosotros se empezó a resentir. Parecía repetirse lo que nos ocurrió a mi madre y a mí cuando mi padre empezó a trabajar en la Universidad.

Tu padre se especializó como fotógrafo corresponsal de guerra. Tras regresar de la Guerra del Golfo en 1991, fue enviado en varias ocasiones al conflicto de los Balcanes, hasta que en 1995 una bala perdida acabó con su vida durante la Operación Tormenta en Split (Croacia). Otra vez volví a quedarme sola diez años después de casarme. Y tú te quedaste huérfano con nueve años como me ocurrió también a mí tiempo atrás.

—Odio las guerras. No generan más que sufrimientos por todas partes —se quejó Fernando—. Recuerdo que sentí un enorme vacío tras la muerte de papá.

Al menos, yo no te falté y entre tu bisabuela Cristina y yo conseguimos que nunca carecieras de un buen ambiente familiar. Ella incluso parece que hizo todo lo posible para vivir hasta que tú te marchaste a estudiar tu carrera a Salamanca, como si no quisiera faltarte mientras

seguías viviendo en la casa. Ya va para diez años que falleció y la verdad es que sí que se la echa de menos.

El resto no hace falta que te lo cuente, ya lo has vivido tú con plena conciencia y razón. Y yo ahora soy una madre que está orgullosísima de ti, porque eres una persona cariñosa, sensible, íntegra y con una envidiable formación intelectual y moral. Y además pronto te casarás con una joven que es un complemento perfecto para ti. Por eso, creo que sois las personas adecuadas para que pongáis fin a una historia que lleva ocho décadas sembrando nuestra familia de tragedia.

No es que yo sea supersticiosa, pero el hecho es que en cada pareja que ha recibido este juego de joyas ha habido alguien que ha muerto de forma violenta o extraña en menos de diez años, dejando sendos huérfanos como tú mismo. Yo os las entrego ahora a vosotros, pero debéis evitar a toda costa que la historia se repita una vez más. Por eso, como creo que sois las personas más capacitadas para ello, debéis averiguar qué relación tienen esas joyas con el destino trágico de nuestra familia, y luego tomar la decisión que consideréis más adecuada.

* * *

—¡Aquí está! ¡Lo encontré! —exclamó Fernando con unas viejas carpetas en la mano, sacando la cabeza del interior de un viejo baúl.

Isabel esbozó una sonrisa no solo por el hallazgo, sino por el aspecto tan ridículo que tenía su novio: de rodillas ante aquel cofre, con la cabeza cubierta de polvo y esgrimiendo unas carpetas en las manos como si fueran un trofeo. Estaban en el desván de la casa de la bisabuela Cristina, con el propósito de encontrar los documentos de los trabajos e investigaciones que el abuelo Enrique no se pudo llevar cuando Cristina lo echó de su casa.

Isabel estaba tan interesada como su novio en saber lo que Enrique había averiguado sobre la historia de las joyas. Cuando Fernando, unos días después de la pedida de mano, le contó la conversación que había tenido con su madre, no podía salir de su asombro. Como historiadora y, además, como responsable de Cultura del Ayuntamiento en cuyo término municipal estaba el castillo de Calatrava la Nueva, aquel asunto podía tener una

enorme trascendencia para el patrimonio histórico. Así que ambos se instalaron cómodamente y se pusieron a revisar documentos con mucha paciencia.

Pronto encontraron las referencias a lo que ya sabían por Elvira de que las joyas podían ser del tercer cuarto del siglo XV y que podían haber pertenecido al Maestre de la Orden de Calatrava, Pedro Girón, pero necesitaban saber más. ¿Cuál era el propósito de aquellas joyas, destinadas evidentemente a una mujer? Tardaron algo más en encontrar otro de los descubrimientos de Enrique.

Pedro Girón había sido un personaje oscuro, leal o traidor según convenía, y solo fiel a sí mismo. Desde muy joven había apoyado al príncipe Enrique IV en su intención de derrocar a su padre, el rey Juan II y, sobre todo, de acabar con el poder de su Privado, don Álvaro de Luna. Cuando lo consiguieron en 1454, Girón se convirtió en el Privado del nuevo Rey Enrique IV. Muy interesado en conquistar territorios, especialmente de los que estaban bajo dominio árabe, estuvo a punto de traicionar a su Rey y poner en su lugar al Infante Alonso, porque Enrique IV no parecía querer entrar en guerra con los árabes. El Rey, para recuperar la lealtad de Pedro Girón le concedió el dominio de varios territorios.

Cuando en 1459, Enrique IV decidió iniciar una guerra contra el reino de Navarra, Pedro Girón se puso nuevamente a su servicio con todas sus huestes. Más tarde, en 1461, el Maestre fue nombrado Capitán general por Enrique IV, para que dirigiera el enfrentamiento contra los árabes en la conquista de Archidona, una de las principales villas del reino de Granada.

Sin embargo, nuevos desencuentros con el Rey llevaron a Pedro Girón, junto con su hermano, el Marqués de Villena, y su tío, el arzobispo de Toledo, a apoyar otra vez al Infante Alonso como Rey de Castilla, en lugar de su hermano Enrique IV. Este, para recuperar el apoyo de Pedro Girón y de los muchos poderosos que le seguían, le ofreció, con una serie de condiciones, entregarle por esposa a su hermana menor, Isabel, que estaba destinada a heredar de él los reinos de Castilla y León.

—¡Claro! ¡Ahí está! ¡Las joyas eran para ella! —exclamó Isabel—. Así que Pedro Girón se iba a casar con Isabel, la misma Isabel que luego se convertiría en la Reina Isabel la Católica.

—Eso lo hubiese convertido en el Rey consorte de Castilla y León —dijo Fernando admirado.

—Exacto. Pero eso no llegó a ocurrir. Tenemos que seguir buscando qué ocurrió después —sugirió Isabel.

Se enfrascaron de nuevo en los papeles de Enrique. ¿Cómo es que un Maestre de Calatrava podía casarse? ¿De dónde salieron las joyas para el compromiso? Para poder casarse con la Infanta Isabel, Pedro Girón tenía que renunciar al Maestrazgo de la Orden de Calatrava. El Papa Pío II, mediante las correspondientes bulas, concedió dispensa al Maestre para el casamiento, y autorización para su renuncia en favor de Rodrigo Téllez Girón, a pesar de que se trataba de su hijo natural y de que era menor de edad. Así que celebró Capítulo general de la Orden en el castillo-convento de Calatrava para sentar en la silla maestral a su hijo Rodrigo que, por entonces, tenía algo más de ocho años de edad.

Una de las fichas de Enrique contenía la siguiente cita entrecomillada extraída de la Crónica de la Orden de Calatrava: “Hecho esto, don Pedro Girón fue a la villa de Almagro, donde hizo grandes gastos en libreas y otras cosas para su casamiento. Otrosí gastó grandes tesoros en piedras, brocados, holandas, joyas y otras cosas de gran estima, para dar a la Infanta, con quien se había de desposar”. Fernando e Isabel se miraron.

—Evidentemente, todo esto apunta a que nuestras joyas son las que compró el Maestre en Almagro —aventuró Isabel.

—Ahora tenemos que averiguar por qué no se produjo esa boda —se interesó Fernando.

—No me parece que la Infanta Isabel estuviera muy interesada en esa boda decidida por su hermanastro el Rey Enrique IV, sobre todo porque creo que el Maestre debía de tener unos cuarenta y tres años y la Infanta solo quince —calculó Isabel.

—Probablemente los partidarios de que Alonso se hiciese con el trono de su hermano Enrique tampoco estarían muy a favor de este matrimonio —sugirió Fernando.

—Pues uno de los que por entonces lo apoyaban era el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo de Acuña, que, por cierto, era tío de Pedro Girón —aclaró Isabel.

—¿Has encontrado algo sobre qué hizo el Maestre una vez que compró las joyas y los otros regalos para Isabel? —demandó Fernando.

—Sí, mira, aquí hay otra ficha literal de la misma fuente que la anterior: “Partió de Almagro el Maestre para haberse de desposar en Madrid, muy acompañado de los caballeros de esta Orden, y de todos sus deudos, que eran los Girones, Pachecos, Acuñas, Carrillos, y otros principales caballeros. Aquel día que partió de Almagro, llegó a dormir a Villarrubia, pueblo que era desta Orden; y allí le dio luego una tan grave enfermedad, que dentro de cuatro días murió, sin que los médicos entendiesen la causa de que procedió su dolencia.”

—¡Qué extraño y qué oportuno a la vez para algunos! —interrumpió Fernando.

—No solo te lo parece a ti. Escucha lo que sigue diciendo aquí: “Como su muerte fue desta manera, túvose grande sospecha que algunos Grandes del Reino a quien pesaba de aquel matrimonio, le hicieron dar ponzoña con que muriese.”

—O sea, que lo envenenaron vilmente —concluyó Fernando—. Y a saber de quién partió la decisión entre tantos opositores a esta boda.

—Es muy difícil saberlo entre tantos candidatos: desde la familia de la propia Infanta Isabel, que no estuviera dispuesta a aceptar este matrimonio impuesto, hasta el entorno del Rey Enrique IV, que no aceptasen el acuerdo al que este había llegado con Pedro Girón; y no se puede descartar a los que defendían al Infante Alonso como candidato al trono, entre los que estaba en ese momento el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, tío de la víctima.

—Seguro que todos ellos lloraron mucho esa pérdida —ironizó Fernando.

—Al menos lo aparentaron. Te sigo leyendo: “Grande fue el sentimiento que por su muerte hicieron el Marqués de Villena, su hermano, y el Arzobispo de Toledo, su tío, con los otros sus deudos; mas muchos tuvieron esto por misterio, por haberse atajado con su muerte el casamiento de la serenísima Infanta, quien de allí a dos años (por muerte del Infante don Alonso, su hermano) fue jurada por Princesa heredera destos Reinos, y después casada con don Fernando, Rey de Sicilia y Príncipe de Aragón: y estos fueron los excelentes Reyes Católicos.”

—Y, colorín colorado, así se acaban las aspiraciones a convertirse en Rey de Pedro Girón, muerto en 1466 a los 43 años —sentenció Fernando—. ¿Y qué debió ocurrir con su hijo Rodrigo, convertido en Maestre de Calatrava a los ocho años, y huérfano de padre a los nueve?

—No solo eso. ¿Qué pasó con las joyas destinadas a la Infanta Isabel? —planteó Isabel.

Al caer la tarde, ya habían descubierto que Pedro Girón fue llevado a la iglesia del convento de Calatrava y sepultado en un suntuoso sepulcro de alabastro dentro de una capilla que él había mandado construir. Las joyas fueron entregadas a su hijo Rodrigo, que en un nuevo Capítulo de la Orden fue ratificado como Maestre de Calatrava. Sin embargo, el Papa Pablo II, sucesor de Pío II, estableció que, hasta su mayoría de edad, tuviese como coadjutor a su tío, el Marqués de Villena, hermano de su padre. Este murió cuando Rodrigo tenía dieciséis años, lo que precipitó el momento en que empezó a ejercer como mayor de edad. Su vida fue intensa, pero corta, ya que murió antes de cumplir los veinticinco años en una batalla contra los árabes en la villa andaluza de Loja.

—Supongo que, siendo un niño como era cuando lo recibió, el cofre de las joyas sería para él como su juguete favorito, su pequeño tesoro. Y quizás, para evitar que su coadjutor se lo requisara, pudo esconderlo en un hueco que hubiera en alguno de los peldaños de la estrecha escalera que bajaba desde el despacho maestral al aljibe. Como su vida se precipitó desde muy pronto por los caminos de la guerra más que por los del amor, y

la muerte le sorprendió muy joven, el cofre debió quedar oculto definitivamente en aquel escondrijo hasta que se desprendió cuando mi tatarabuelo Alfonso se introdujo azarosamente por allí, más de ochenta años atrás —imaginó Fernando.

—Así debieron de ocurrir las cosas —reconoció Isabel—. La verdad es que la historia de esas joyas no pudo estar más cargada de desventuras. Pretendían ser un regalo que sirviera de inicio a una relación fructífera; sin embargo, no solo no fue así, sino que causaron la muerte a quien las ofrecía y dejaron huérfano a un niño inocente de unos nueve años. ¿Te suenan este tipo de hechos en relación con la historia de tu familia, Fernando?

* * *

Cuando Isabel y Fernando acabaron de contarle a Elvira todo lo que habían descubierto, inmediatamente está concluyó:

—Está claro que nuestra familia ha sufrido durante generaciones el efecto de un maleficio por culpa de esas joyas. Tu tatarabuelo Alfonso, con toda su buena voluntad, pero con un enorme desconocimiento, nos legó un regalo envenenado, que ha sembrado de desgracias trágicas la vida de todos sus descendientes.

—En el caso de la abuela Juana, puede que también ayudara la ambición del abuelo Enrique, que con todo lo que había ido descubriendo acerca de la importancia histórica de estas joyas, querría quedarse con ellas a toda costa —matizó Fernando.

—Seguro que el final que sufrió Pedro Girón le inspiró para urdir su plan para quedarse con ellas. Por eso accedería a quedarse el día de tu comunión, Elvira, y aprovechando el revuelo de la celebración, envenenar a tu madre —aventuró Isabel.

—Creo que la bisabuela Cristina sospechaba algo, aunque no lo pudiera demostrar; por eso sorprendió a Enrique cuando estaba a punto de huir con las joyas y lo echó sin nada y con malos modos de su casa —dedujo Elvira—. ¡Lástima que no hayamos sabido todo esto mucho tiempo atrás! Quizá algunas desgracias se hubiesen podido evitar. ¿Qué pensáis hacer vosotros con las joyas?

—Ya lo hemos estado hablando y hemos decidido que en nombre de la Asociación de Amigos del Sacro Convento-Castillo de Calatrava la Nueva, a la que pertenecemos, y del Ayuntamiento de Aldea del Rey, al que representa Isabel, haremos entrega al Museo Provincial de Ciudad Real, para que se presente este hallazgo histórico mediante una jornada de conferencias explicativas y para que se exponga en las condiciones adecuadas de preeminencia y de seguridad, de modo que pueda ser disfrutado por todos los visitantes —explicó Fernando.

—Pero eso será durante la próxima primavera, porque ya hemos hablado con la Asociación y con el Ayuntamiento, y nos han autorizado a que previamente utilicemos la Iglesia del Castillo de Calatrava la Nueva y las joyas en nuestra ceremonia de boda estilo siglo XV —anunció Isabel.

—Esperamos que, con eso y con el posterior reintegro de este tesoro al patrimonio histórico nacional, se cierre el círculo del maleficio de las joyas —concluyó Fernando.

—¡Enhorabuena, hijos! —exclamó Elvira, con lágrimas en los ojos, mientras los tres se fundían en un emocionado abrazo.

Pedro González Coello.